

EL AVE DEL VALLE

Entona tu letrilla
Y canta sin cesar ave del valle,
En cántiga sencilla
Tu triste voz se ensaye
Desde que el alba en el oriente raye.

Y remontando el vuelo
Del alto monte hasta la cumbre altiva
Que se avecina al cielo,
Suelta la voz cautiva
Y en torno se derrame fugitiva.

En torno se derrame,
Y estremeciendo el aire blandamente
Oyéndote se inflame
La tórtola inocente
Y á par de ti suspire tristemente.

Que sepan lejas tierras
El eco al escuchar de tu garganta
Que en estas hondas sierras,
Entre aspereza tanta,
Hay una ave trisísima que canta.

Ensayo sin descanso
Tu canción inocente y lastimosa
Orillas del remanso,
Ó de la selva hojosa
Bajo la sombra espesa y deleitosa.

Cantando solitaria
Aduerme la ansiedad que te fatiga;
Entona tu plegaria
Bajo la sombra amiga
Que grata teje la flotante espiga.

Que vives condenada
A recitar tu pena y tus quimeras
Del valle en la enramada,
Sin que tus compañeras
Respondan á tus quejas lastimeras.

Mas ¡ay, calla infelice!
¿Ese silencio de la selva umbría,
Acaso no te dice
Que tu áspera armonía
No dá al prado placer ni alegría el día?

¿Tú de todas las aves
Que llenan dulces la floresta hermosa,
Con sus gorjeos suaves

La menos melodiosa
Sola, en las ramas trinarás quejosa?

La lóbrega tristeza
Que reina por do quiera, ave del valle,
Verás con entereza
Sin que tu voz desmaye,
Sin que á su influjo tu garganta calle.

¡Oh! calle tu garganta:
Que no llegue tu acento á las ciudades,
Que si tu voz no encanta
En estas soledades
Do están tu amor; tu dicha y tus deidades;

Si lánguida, abatida,
En alas vuela de la brisa mansa,
Y es solo repetida
En triste lontananza
Por los ecos que halagan tu esperanza;

¿Á qué esforzar el tono
Y que llegue del hombre á las mansiones,
Si en ellas el encono
De miserables pasiones
Obstruye y cierra el paso á tus canciones?

Reposa dulcemente
Orillas de la fuente encantadora,
No sea que imprudente
En vez de ave cantora
El grajo vil despiertes á deshora.

Y si ha de responderte
El lobo astuto con su aullido fiero;
Si has de escuchar por suerte
El buitre carnívoro
En vez de los compases del jilguero;

Ó si has de oír medrosa
De la serpiente el áspero silbido
Ó de la vil raposa
El disonante aullido,
Antes dormita en reposado olvido.

Dormita y recogiendo
Tu plumaje gentil de cien colores,
Sin voz y sin estruendo
Oculta tus dolores,
Si es tu queja importuna y tus clamores.

EL SUSPIRO

¿De dónde viene el íntimo suspiro
Que el pecho exhala en serie continuada?
No es la expresión del alma enamorada
Que quimeras de amor ya no deliro.

No es la ilusión liviana y pasajera
De un esperado bien. Yo nada espero.
Voló el placer dulcísimo, hechicero,
Con los delirios de la edad primera.

No es la miseria ruin de adusto ceño.
Yo vivo en el solaz, en la abundancia,
Y en el aura respiro la fragancia
De flores mil en apacible ensueño.

Tal vez es el hastío que entre el ruido
Del placer vano del estéril mundo
Nos influye un gemido hondo, profundo,
Por un nuevo placer desconocido.

No sé lo que será, mas yo padezco
Una oculta ansiedad desconocida:
No sé lo que será, mas es mi vida
Insulso un don que á veces no apetezco.

No sé lo que será: solo me place
Lejana voz de alguno que suspira,
Y si las cuerdas pulso de mi lira
Solo su amargo son me satisface.

Vanamente el deleite mover quiere
Del alma usada el lánguido resorte:
Á un suspiro mortal su linda corte
Huye del alma que en su angustia muere.

Si esos que en el espacio se revuelven,
Inmensos mundos asombrado miro,
Detras la admiración viene el suspiro,
Y mis enfados la ilusión disuelven.

Ya vea lucir el disco refulgente
Del magnífico sol al levantarse,
Ya de vapor blanquísimo al velarse
Su paso tornasole en Occidente;

Ya brille en el zenit como el diamante
De la corona inmensa de la tierra,
Siempre el enfado el corazón me cierra,
Siempre suspira el pecho delirante.

Ya mire el mar que manso se dilata
Cual la visión azul de una laguna,

Ya desparrame en él la blanca luna
Su misteriosa luz de limpia plata.

Ya el horizonte oscuro, encapotado,
El rayo surque en ondulado giro,
Al labio ¡ay Dios! asómase el suspiro
Cuando el primer asombro ha terminado.

¿Qué me importa la gracia, la hermosura,
El pie gentil, la lánguida mirada,
Si la dulce ilusión está gastada
De la mujer por la inconstancia dura?

¿Qué importa que descienda en espirales
Por la lucida espalda el luengo pelo,
Si un recuerdo de ayer transforma en hielo
Y del amor apaga los fanales?

¿Qué me importa la báquica algazara
Que aturde del salón el ancho techo
Si yo arrancar no puedo de mi pecho
El dardo agudo de mi angustia rara?

¿Qué me importa la turba que contenta
Corre por calles, plazas y jardines,
Y de ninfas el coro que en festines
Y en danza alegre su donaire ostenta?

¿Qué me importa el placer en que se embriaga
El pobre iluso que se cree querido?
¡Oh! déjale gozar su bien mentido;
Vendrá un mañana que su error deshaga.

Entonces mirará cual yo la miro
Oscuro el porvenir negro y vacío,
Y á lo presente indiferente y frío
Suspirará también cual yo suspiro.

¡Oh sensación oculta, incomprensible,
Que abate el corazón, tenaz y activa!
¿Quién eres tú, fantasma fugitiva,
De forma y de color indefinible?

Siento el influjo poderoso, interno,
Que tienes sobre mí; visión errante;
Miro tu sombra opaca y vacilante,
Oigo tu voz mas nunca te discierno.

Si eres amor que vienes en mi daño,
Aléjate de mí, déjame en paz,
Que tu linda ilusión no veré mas
Por el mágico prisma del engaño.

Si eres la imagen vaporosa, incierta,
De un quimérico bien que nunca gozo,
Pues no te he de abrazar, deja en reposo
Mi inquieta vida á la esperanza muerta.

Si ambicion eres con la faz de rosa
Y el corazon repleto de amargura,
Pasa, y no turbe tu vision impura
Mi paz profunda y libertad dichosa.

Si eres la duda que á agitarme vienes,
¡Oh! yo no dudo, no; que el ancho espacio
Es la corona excelsa de topacio
Con que Dios ciñe sus augustas sienas.

Si eres una ilusion que ya he perdido,
Deja que en paz un solo instante goce;

Deja que el corazon sin tí repose
Y abismate en la noche del olvido.

Si eres la gloria espléndida, halagüeña,
Cual te concibe mi embriagada mente,
Ven, y suspire el pecho eternamente
Por un favor de tu vision risueña.

Que tienes un altar en mi memoria
Donde un culto te rindo ardiente y vivo,
Y estas humildes líneas que yo escribo
Tributos son para halagarte ¡oh gloria!

Ven, virgen divinal: ven, que yo mire
Cerca de mí tu fúlgida hermosura,
Y aunque no ciñas tú mi sien oscura
Mírete yo y el corazon suspire.

PARA UN ALBUM

Fué un tiempo, señora (aun era yo niño)
En que era mi vida risueña, un pensil.
En que eran mis sueños mas blancos que armiño,
Mas lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban mis ojos,
Hallaban, felices, un blando placer:
Jamás los enfados, jamás los enojos
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de candidas rosas,
Pasaba mis dias en dulce embriaguez:
Aun no amenazaban entonces furiosas
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Mas vino del tiempo la mano inclemente;
Yo niño y dormido, llegar no la ví:
Los dedos helados me puso en la frente
Y al frígido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores:
Revuelta, deshecha, mi cuna encontré,
Marchitas las rosas, ajadas las flores,
Y yernas llanuras hollaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento;
En hondos desiertos mi voz espiró.
Canté, mas mi canto perdióse en el viento,
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz ni armonia
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,
Sin fuente sonora, perdido, sin guia
Busqué entre los hombres un mundo mejor.

Y el mundo engañóme. Oh ¡cómo á mis ojos
Brilló la hechicera liviana mujer!

Yo triste, á sus plantas cayendo de hinojos,
Rendile, cautivo, mi vida y mi ser.

Busqué el blando halago en aquellas sonrisas,
Que en labios de rosas vagaba sutil,
Y nunca mas dulces me fueron las brisas
Que un tiempo aromaban mi edad infantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje;
Voraz un incendio mi pecho abrasó;
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje
Al ser prepotente que mi alma humilló.

Mas pronto las gratas ficciones huyeron;
El Dios que adoraba marchóse veloz;
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.

Los ojos llorosos, el alma turbada,
Consuelo á mi pena busqué en la amistad:
Lanzéme á su seno. Mi mente encantada
Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡Error!... de sus labios salió la impostura:
Brillando sus ojos con blando interés,
Su voz resonando simpática y pura
En lo hondo albergaba mentira y doblez.

Pues bien, á la gloria! grité entusiasmado
Y al nombre de gloria vibró el corazon:
Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado,
Y súbito el viento lanzó mi cancion.

Mas ¡ay! que en lugar de los himnos triunfantes,
Que yo en mi delirio pensaba entonar,
Del arpa se oyeron salir espirantes
Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apenas de la amplia corona de gloria
Un ramo tan solo tocaba mi sien,
Que ya me pesaba la insulsa victoria,
Y el ramo, hostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,
El alma desierta, los ojos sin luz,
Cual yerto cadáver que en tumba sombría
Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegasteis, Señora,
La frente encendida de casto rubor,
É incierta, turbada, á mi arpa sonora
Pedisteis un canto de angustia ó de amor.

Entonces las selvas oyeron mi acento;
En hondos desiertos mi voz no espiró;
Mis cantos vibraron en alas del viento,
Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi historia,
Con sonos dolientes, al punto entoné;
Si quedan grabadas en vuestra memoria
La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva
Me exalta, me llena de noble ambicion;
Mi angustia pasada, mi enfado, se lleva,
Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡Oh! gracias, Señora, me habeis inspirado.
¿Mi gloria presente con qué os pagaré?
Mis cantos y mi arpa no mas me han quedado;
Y mi arpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera
Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,
¡Oh! quieran los cielos que sea duradera,
¡Oh! nunca su magia se aparte de mí.

IMPRESIONES DE TEATRO

Venid impresiones, venid armonías,
Volad cual visiones en torno de mí.
Venid.... Los dolores, las penas sombrías
Entrada importuna no tienen aquí.

Llegad, ilusiones, que absorto contemplo
Y en alas llevadme de dulce placer.
Yo sé que el teatro magnífico es templo
Do se obra el misterio de vuestro placer.

Do quiera un deleite mi vista columbra,
Fantástico un mundo se pinta á mis piés;
Un piélago inmenso de luz me deslumbra,
De cintas y gasas flotando al través.

Escucho el acento de música leve
Que lleva hasta el alma su encanto feliz:
Divisan los ojos mil rostros de nieve
Do mezcla la rosa su rico matiz.

Esencia exquisita perfuma el ambiente
Que exhalan los broches del rico clavel,
Ingertos prendidos al seno esplendente
De ninfas mas bellas que el fresco verjel.

Allí se despliegan gallardas las flores,
Ya no echan de ménos la fuente gentil,
Ni de la floresta los tiernos cantores,
Ni el que abandonaron risueño pensil.

Y allí cual retoños las vírgenes rosas
Ostentan lozanas su fresco arbol;
Pues ven en los ojos de tantas hermosas,
Su fuente, su prado, su cielo y su sol.

¡Oh! todo me exalta, me ciega, me encanta,
¡Oh! todo me presta su fuerte ilusion.
Me llena el artista de amor si amor canta,
Me altera si finge una horrible pasion.

Si veo suspira de amor y ternura,
Si exhala un gemido, si miente un pesar,
Mis ojos derraman simpática y pura
De llanto una gota que quema al rodar.

¡Oh! do quiera un cielo mi vista columbra,
Fantástico un mundo se pinta á mis piés;
Un piélago inmenso de luz me deslumbra
De cintas y gasas flotando al través.

¿Quién es esa bella que Vénus no iguala
Sin ricos tocados de régio valor,
Que lleva por lujo, que lleva por gala
En el albo traje prendida una flor?

¿Quién es la que puede con solo una rosa
Posada en el seno mi pecho inflamar?
¿Quién es esa fada, quién es esa hermosa,
Sin oro, sin sedas, que sabe encantar?

¿Por qué extraño modo; por qué arte del cielo
Tan linda parece su faz virginal?
¿Deberá su encanto que causa mi anhelo
A adorno tan pobre, tan simple y trivial?

Desprende, señora, del cándido seno
Esa que me ciega magnífica flor:
Que sepa si es causa del mal con que peno,
Si influye en tu encanto y aumenta mi amor.

Que al caer en el suelo la flor desgajada
Yo pueda de nuevo mirarte otra vez;
Que sepa si es ella ó si es tu mirada
Quien causa este daño, quien dá esta embriaguez.

Mas ¡ay! yo deliro. Detente, SEÑORA,
No arranques del seno la mágica flor,
Si tú destrozaras la flor seductora
No fuera por eso tu encanto menor.

Mas ya te levantas y dejas el trono
En donde cual reina brillabas sin par.
¡Te vas y nos dejas en tanto abandono!
¡Te vas y nos robas tu célica faz!

Te vas, sí; cesaron la música, el canto,
Las risas que me hacen el seno latir,
De nuevo el fastidio, de nuevo el quebranto
El alma angustiada vendrán á invadir.

Así se consume la misera vida
Buscando un contento difícil de hallar;
Para una ventura tal vez desabrida
Un mar de tristezas debemos surcar.

Mas ¡ay! yo te espero mañana, señora:
La rosa no dejes en triste viudez.
Al son de la orquesta brillante y sonora
Espero en tu seno mirarla otra vez.

MEDITACION

Es la hora deliciosa de la tarde.
El sol envuelto entre dorada nube,
Cual vespertino, espléndido querube
Hace de su poder soberbio alarde.

Quiebra sus dardos ricos, luminosos,
En el ténue vapor que lo circunda,
Y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda
De sus varios colores misteriosos.

Con régia majestad baja á su ocaso
Y á proporción que la finiebla crece,
Descolorido el mundo empalidece
Teñido de un color blanco y excaso.

Mas esta palidez encantadora,
Con su vaga, fugaz melancolía,
Lleva hasta el pecho de su calma pía
La languidez feliz y bienhechora.

Horizontes sin límites, profundos,
Ruedan y se dilatan á lo léjos
Do puso mil colores, mil reflejos
El escultor sublime de los mundos.

Las estrellas avanzan lentamente
Como flotantes lamparillas de oro,
Con que ilumina el azulado coro
El ángel de la noche trasparente.

De los montes las cumbres onduladas
Flotan en el azul del éter vago,
Cual los abismos del celeste lago,
Sus crestas levantando tenebrosas.

Todo es magnificencia en las alturas:
Globos sin fin la vasta esfera encierra:
Todo es allí grandeza, y en la tierra
Reposo, ambiente, amor y esencias puras.

La creacion parece que despliega
De su nocturna pompa los primores
Para obsequiar al sér que estos fulgores,
Y tanta luz en los espacios riega.

La luna emperatriz, limpia, sin velos,
Es el fanal de paz y de alegría,
Que ilumina la inmensa galería
De esa régia función que dan los cielos.

¿Por qué entretanto yo, triste, turbado,
Sentado de mi valle en la eminencia,
Al contemplar de Dios la omnipotencia,
De mí mismo á pesar, gimo angustiado?

¿Quién á mi delicioso sentimiento,
Quién á mi dulce y celestial delirio,
Quién á mi blanda paz mezcla el martirio
De un extraño pesar?... Mi pensamiento.

Él me revela ¡oh Dios! la soberana
Obra de tu poder que atento miro,
Mas me dice también que si hoy la admiro
Yo, sér mortal, la perderé mañana.

Por él el corazón pretende ansioso
Hallar tu forma y conocer tu esencia;
Mas de su necedad, de su impotencia
Hasta el abismo rueda tenebroso.

Te busco de la noche entre los velos,
Te busco en el espacio constelado,
Y en esas luces mil que has derramado
En las profundidades de los cielos.

¿Mas qué me dicen al buscarte en ellas?
Que cuando hacer el mundo resolviste,
Entre el hombre y tu trono interpusiste
Tu magnífico pórtico de estrellas.

Miro la creacion y me deslumbra;
En tus obras, Señor, tu poder leo;
Sospecho lo que habrá, por lo que veo
En ese mar de soles que me alumbra.

Y al ver resplandecer tanto sistema,
Polvo que huella tan gigante paso,
Siento la fuerza inmensa de tu brazo
Y me anonada mi impotencia extrema.

Pienso en el tiempo, en ese mar profundo,
Cuyas ondas se agitan incansables,
Y para cuyos senos insondables
Cien siglos son iguales á un segundo.

Y al comparar mi instante diminuto
Con esa eternidad que te reservas,
Desdeño el sér ¡oh Dios! que me conservas,
Y mi angustiada vida de un minuto.

Miro el éter azul, ilimitado,
Que cuanto mas se mide, mas se extiende,
Cuyo confin la mente no comprende
Por mas que añada el cálculo cansado.

Miro ese campo inmenso y esplendente
De sistemas sin fin, de orbes flotantes,
Ese enjambre de mundos rutilantes,
Que no hay signo en la tierra que los cuente;

Y al ver la inmensidad de ese conjunto
Donde el ojo del hombre se extravia,
Siento entonces que yo, polvo de un día,
Ocupo en él un invisible punto.

Así pasan mis horas silenciosas
Entre la admiración y el descontento;
En las alas vago ya del manso viento,
Ya abandono mis miras ambiciosas.

En el libro inmortal del infinito
Á veces un renglon de muerte leo,

Y un ¡ay! oculto y fugitivo veo
En sus eternas páginas escrito.

Ved entretanto al pobre campesino
Que entusiasmado de placer delira;
También la creacion absorto admira
Junto á su techo rústico y mezquino.

Nada revela en él pesar ni duelo,
Todo es deleite el venturoso aldeano:
Sostiene el hacha su robusta mano
Que suelta al fin para mirar al cielo.

Vaga en sus labios plácida sonrisa,
Le interesan la luna y las estrellas,
Y del sol que se va, las blancas huellas,
Y el cielo azul y la nocturna brisa.

¿De dónde viene la embriaguez intensa
Sin mezcla de inquietud que le domina?
¿Por qué solo venturas imagina
En cuanto siente y vé? Porque no piensa.

Bendito el hombre que en los campos mora,
Cuya feliz, pacífica ignorancia,
Le muestra de las flores la elegancia
Y le esconde la espina punzadora.

Bendito el Labrador manso, inocente
Que oculta su cabaña entre las breñas
Para ese son las márgenes risueñas
Y el agua que susurra mansamente.

Para ese son los ecos armoniosos,
De las aves errantes el concierto,
Porque ese nunca de un futuro incierto
Intenta alzar los velos misteriosos.

Y para mi serán, no las venturas
Del aldeano feliz que no medita!
Sino la escena de su paz bendita
Y de su fácil vida las dulzuras.

CHORONI

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas
Con sus blancas espumas, á las flores!

Y ver como sin tregua y sin descanso
Con giros mil la retozona brisa
En ondulantes pliegues, del remanso
La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caluroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo;

Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la seiba ramosa y extendida,
Y entre la yerba ver que el suelo alfombra
Correr la fuente que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada
Al ocultar su lumbrera soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente
Su luz sepulta al fin su última estrella;
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura
De la paloma la sentida queja,
Que mas que la expresion de su ternura,
Un lamento trístisimo semeja.

Y al jilguero cantor que se extremece
Al desatarse en dulce melodía,

Y que desde la rama en que se mece,
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores
Sin que te pesen importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

JOSÉ RAMON YÉPES

Nació en Maracaibo el 9 de diciembre de 1823.

Yépes es uno de los marinos mas distinguidos de Venezuela.

Como poeta, Yépes ha lanzado al viento, sobre el azulado loino de los mares ó en las inmensas soledades del desierto, docenas de cantares, dulces como la voz del ruiseñor, tristes como las noches de luna en medio del Océano, tiernos y dulces como el acento de la mujer que se ama. Pero si Yépes ha expresado en cadenciosos versos los mas íntimos sentimientos del corazón y las mas bellas aspiraciones del alma, también para ensalzar las glorias de la patria, cantar la libertad ó anatematizar la tiranía, ha hallado acentos terribles como el fragor del huracán desencadenado en mitad de los mares, como el estruendo de la catarata que se despeña espumosa, como la voz imponente de las florestas americanas.

Á MI AMIGO M. HENRIQUEZ

EN LA MUERTE DE SU HIJO

I
Á cada risueño amor
Con que el hombre se engalana,
Digo temblando : mañana
Hay que llorar un dolor.

Pues bien y mal de tal suerte
Tienen su peso y medida,
Que un paso dado en la vida
Es un paso hácia la muerte.

Pero allí do se derrumba
El hombre, tras honda pena,
Y la universal cadena
Parece rompe la tumba,

No hay mas que un oscuro velo
Que oculta de varios modos
La luz que buscamos todos
Entre los soles del cielo.

Flor de purísima esencia
Fué tu niño, y me imagino
Que apresuró su camino
Por conservar la inocencia.

Pues que cualquiera lo acierta,
Ó lo sabe, ó lo presume :
Pierde la flor su perfume
Al vendaval entreabierto,

II
Yo no conozco una historia
De mas dulce consonancia,
Que la historia de la infancia
En el libro de la gloria.

Pero, á la verdad, ninguna
Otra mejor nos advierte,
Que es esclavo de la muerte
El hombre desde la cuna.

Con esa cifra, que alfombra
Al mundo, nació tu niño,
Risueño copo de armiño
Que se deshizo en la sombra.

Mas también por ella unida
Nuestra angustia á la esperanza,
El hombre llorando alcanza
La eternidad de otra vida.

En esa mar sin ribera
De tan infinita calma,
El llorado hijo del alma
Tus bendiciones espera.

Que del hombre el desconsuelo
Así Dios al bien aduna :
Fija una escala en la cuna
Para levantarlo al cielo.